

**“La revolución de Dios: Para subir hay que bajar, Para salir hay que entrar”**  
**Homilía: Misa de ordenación al diaconado permanente**  
**Iglesia de San Pío X, Redwood City**  
**Solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen María, 15 de agosto de 2020**

## **Introducción**

Ciertamente estamos viviendo en tiempos muy agitados. El hecho mismo de que nuestra Misa de hoy tenga lugar con tantas restricciones legales impuestas por el estado es una señal de ello. Ciertamente parece ser que estamos viviendo en una época de “revolución”, incluso en el sentido etimológico de la palabra, donde todo está siendo “puesto patas arriba”. Parece que todo el orden temporal se está invirtiendo. Creo que es típico de tales revoluciones del orden temporal que la mayoría de las veces un grupo dominante en la sociedad es simplemente intercambiado por otro, y a menudo no hay un cambio real, significativo y duradero. Con la “revolución de la fe”, sin embargo, es muy diferente, y escuchamos el himno de esa “revolución de la fe” proclamado en la lectura del Evangelio: el *Magníficat* de María.

## **La triple revolución**

De hecho, el *Magníficat* de Nuestra Señora es una “revolución” en el esquema divino de las cosas. William Barkley, comentarista de las Escrituras, ve en el *Magníficat* de María una “revolución” triple. Primero, Nuestra Señora proclama que Dios “dispersó a los de corazón altanero”. Barkley dice: “Fue una revolución *moral* porque la verdadera fe cristiana es la muerte del orgullo”. El único camino para conocer el amor de Jesucristo es el camino de la humildad. Eso abre el camino. Y el amor de Cristo es la única cosa de valor verdadero y duradero.

“[D]estronó a los potentados y exaltó a los humildes”. Esto habla de una revolución *social* en la que todos son tratados con igual dignidad, en la que la dignidad de uno no depende de su estatus social o prestigio o de cuanta riqueza uno tiene o cuanto poder puede ceder. Así, la

Iglesia a lo largo de toda nuestra historia ha defendido la dignidad de cada persona humana en cada etapa de la vida, en cada condición de vida, porque cada persona humana es creada a imagen y semejanza de Dios.

“A los hambrientos los colmó de bienes y a los ricos los despidió sin nada”. Esto habla de una revolución *económica*, dice Barkley. En sus palabras, “una sociedad no cristiana es una sociedad adquisitiva en la que cada uno está dispuesto a acumular todo lo que pueda. Una sociedad cristiana es una sociedad en la que nadie se atreve a tener demasiado mientras otros tienen demasiado poco, donde todos deben ganar sólo para dar”.

### **En la vida del diácono**

Mis queridos hermanos que serán ordenados diáconos hoy, ustedes han recibido mucho. Se les ha dado mucho, gracias a su formación y compromiso con esa formación. Quiero aprovechar esta oportunidad para expresar mi gratitud, y la de toda la Arquidiócesis, a sus profesores y formadores que les han acompañado en este camino hasta donde se encuentran hoy. Se les ha dado mucho en términos de su conocimiento y comprensión de la fe, en términos de su crecimiento espiritual. Se les ha dado eso para que puedan, a su vez, darlo gratuitamente y enriquecer las vidas de aquellos que aún no han recibido tanto de los verdaderos tesoros de la vida, los tesoros que satisfacen los anhelos más profundos del alma humana y perduran en la eternidad.

De esta manera, ustedes le darán a Dios las primicias de su trabajo, los frutos de su formación. Le darán a Él y están llamados a darle a Él las primicias, no las sobras. Damos los primeros frutos a imitación de Cristo mismo, como nos dice san Pablo en su Primera Carta a los Corintios que acabamos de escuchar proclamar: “Cristo resucitó, y resucitó como la *primicia* de

todos los muertos”. Así que ustedes le dan a él las primicias. Sé que les han machacado esto durante todo este tiempo, y deben seguir siendo sus prioridades claras: lo primero es la familia; lo segundo, el trabajo; y luego el ministerio diaconal. Todas las cosas son muy periféricas con respecto a esto. Su compromiso de servir a la Iglesia como diácono no es un hobby, es una vocación. Dios los llama a este Orden. Esta vocación se ve subrayada por las promesas que pronto harán, especialmente la promesa de obediencia con la que ustedes renuncian a la libertad personal en cuanto a las circunstancias de su ministerio y actividad en la Iglesia, para ser más libres para servir a la Iglesia local en su conjunto, bajo la dirección de su Arzobispo.

Veo apropiado, entonces, que celebremos esta Misa de su ordenación al orden de los diáconos en esta solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen María al Cielo. Como saben, se suponía que esta ordenación se celebraría en nuestra Catedral, la iglesia madre de nuestra Arquidiócesis, en el día de la fiesta de nuestra Catedral. Pero no hay que tratar de adivinar los pensamientos de Dios; Él me enseñado esa lección muchas veces. Hoy celebramos el misterio de la glorificación de María, y es importante entender lo que eso significa desde una perspectiva cristiana, especialmente hoy en el día de su ordenación. Su ordenación no es una glorificación; es un llamado a seguir el camino de la “revolución” de Dios, como lo encarnó en su vida nuestra Madre bendita y se ve reflejado en su himno de la “revolución” de Dios, el *Magnificat*. El eslogan de su himno podría ser: “La única forma de subir es bajando, la única forma de salir es entrando”.

### **La inversión de la lógica humana**

La mente medieval entendía los caprichos de la fortuna en el reino temporal: que uno podía estar hoy en la cima y mañana estar aplastado en el fondo del pozo. Esto fue retratado en

el arte y la literatura e incluso en la música. Aquellos a los que Dios exalta son los humildes. “[D]estronó a los potentados y exaltó a los humildes”. ¿No es esta la marca sobresaliente del oficio del diácono, un servidor, un servidor público obligado por las promesas a la Iglesia y al Obispo, que antepone las necesidades de los demás a las suyas propias? Este es el que es agradable a los ojos de Dios y está en la cima del montón en el reino de Dios. Los humildes son exaltados. La única forma de subir es bajando.

¿Cómo se preserva esta integridad de servicio? Oímos hablar de la “mujer vestida de sol” en nuestra lectura del Libro del Apocalipsis. Cuando fue atacada por el diablo después de dar a luz al Elegido de Dios, la lectura dice: “Y la mujer huyó al desierto, a un lugar preparado por Dios”. El desierto es un lugar de soledad. Es un refugio de los ataques del maligno, aunque también se lo conoce como un lugar de prueba. Necesitamos buscar este refugio de soledad—la intimidad de la oración—para ser purificados de las tentaciones de la complacencia, el egoísmo y la autoglorificación. En esto, ustedes están imitando a nuestro Señor mismo, que nos dio ejemplo de oración, y siempre oró antes de los grandes momentos de su ministerio público. Podemos pensar en los cuarenta días que pasó precisamente en el desierto antes de comenzar su ministerio público. Estaba solo en la oración antes de llamar a sus apóstoles, y, por supuesto, oró en el huerto la noche antes de morir. La vida a menudo puede sentirse como una “carrera de codazos”, y la vida y el ministerio de la Iglesia no es un escape de eso. No se puede encontrar la paz en medio de una “carrera de codazos” sin preservar una vida regular de oración.

Para el ministro ordenado, esto incluye, principalmente, rezar la Liturgia de las Horas, la oración pública de la Iglesia. Como dice la promesa que harán, recen la Liturgia de las Horas “con y para el Pueblo de Dios”. Para el ministro ordenado, su oración no es sólo para su propia santificación, sino para toda la Iglesia. Buscando ese tiempo de oración e intimidad con el Señor

es como llegamos a Él. Por eso también es cierto que la única salida es entrar hacia adentro. De esta manera, mantengan siempre ante sus ojos, mis queridos hermanos, nuestra única meta: la vida eterna en el reino de Dios.

## **Conclusión**

Todo debe estar subordinado a y dirigido por este único objetivo. Esta es la razón por la que la “revolución” de Dios es tan diferente de las de este mundo y por la que a veces pone nuestras vidas patas arriba. Él quiere que volvamos al camino hacia el único objetivo que realmente importa. Porque en el más amplio espectro de las cosas, podemos decir, “*La vida importa*”.